

Coronavirus y control militar¹

Pablo Montoya

El prólogo que Boccaccio hace a *El Decamerón* inicia así: “Hay que compadecer a los afligidos: es una ley de la humanidad”. Tal precepto forma parte de la compasión cristiana medieval a la cual perteneció el escritor italiano. Aunque es perfectamente atribuible a otras épocas, a otras religiones, a otras nacionalidades. Y, en principio y en apariencia, es la divisa que está moviendo al mundo frente al coronavirus. Una acción extraordinaria de apoyo por parte de las instituciones médicas, tanto estatales como privadas, hacia los que sufren y habrán de sufrir los efectos de la pandemia. En esta perspectiva, podríamos pensar, como concluye el narrador de *La peste* de Camus, que en medio de los flagelos hay siempre más cosas que admirar que despreciar. Empero, cómo olvidar que se trata de una reacción tardía. Las políticas neoliberales frente a la salud han sido avaras por no decir inhumanas. Y esto se ha visto en los países europeos, en Estados Unidos y en gran parte de América Latina donde se ha dejado al garete a la mayor parte de los ciudadanos enfermos. Por ello, si debe celebrarse esta reacción en cadena ante una tragedia avisada, hay que hacerlo sin perder jamás el juicio.

Lo que quisiera señalar, en todo caso, es que la divisa del *Decamerón* de Boccaccio se enlaza con lo que Camus propone en *La peste*. Ante el avance del mal de bubas, y como una forma de ejercer la compasión por los sufrientes, surgen en Orán unos comités sanitarios conformados por médicos y civiles. Frente al absurdo existencialista de una enfermedad que aísla a una ciudad del mundo y mata hasta a los más inocentes, Camus propone, no la vigilancia y el control estatal, sino la acción

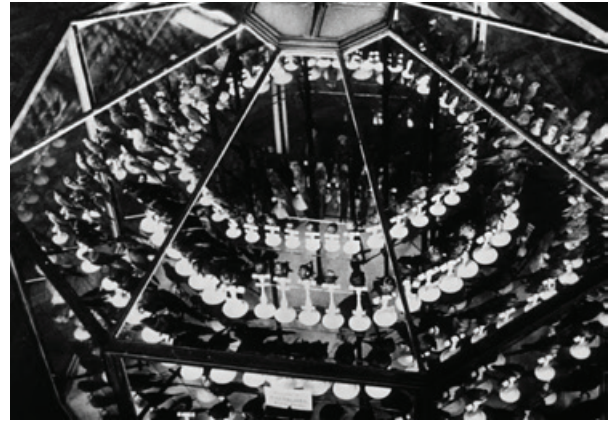


Foto fija Chris Marker, *La Jetée*, cortometraje, 1962

solidaria de los ciudadanos. De hecho, en la novela se registra con cierta minucia lo que hacen quienes integran estos comités. Como si se nos dijera que, por encima de los Estados que toman medidas más o menos totalitarias por la salud de todos, lo que interesa a un escritor como Camus es mostrar más bien la capacidad de resistencia y lucha de los individuos.

En realidad, Camus fue un intelectual ateo y miraba con algo de desconfianza eso que los cristianos llaman compasión hacia los otros. Él prefería hablar de solidaridad, que es un término más laico. Camus creía que la justicia humana era perfectible y, en este sentido, sus consideraciones sobre esta perversa abstracción humana, y a pesar de sus valientes críticas a la pena de muerte, son bastante idealistas. Camus, asimismo, sospechaba de las inclinaciones tiránicas de los estados fascistas. Por ello, si viera a qué niveles de vigilancia hemos llegado, y hasta dónde los controles estatales, unidos a la empresa privada y a las evoluciones de la inteligencia artificial,

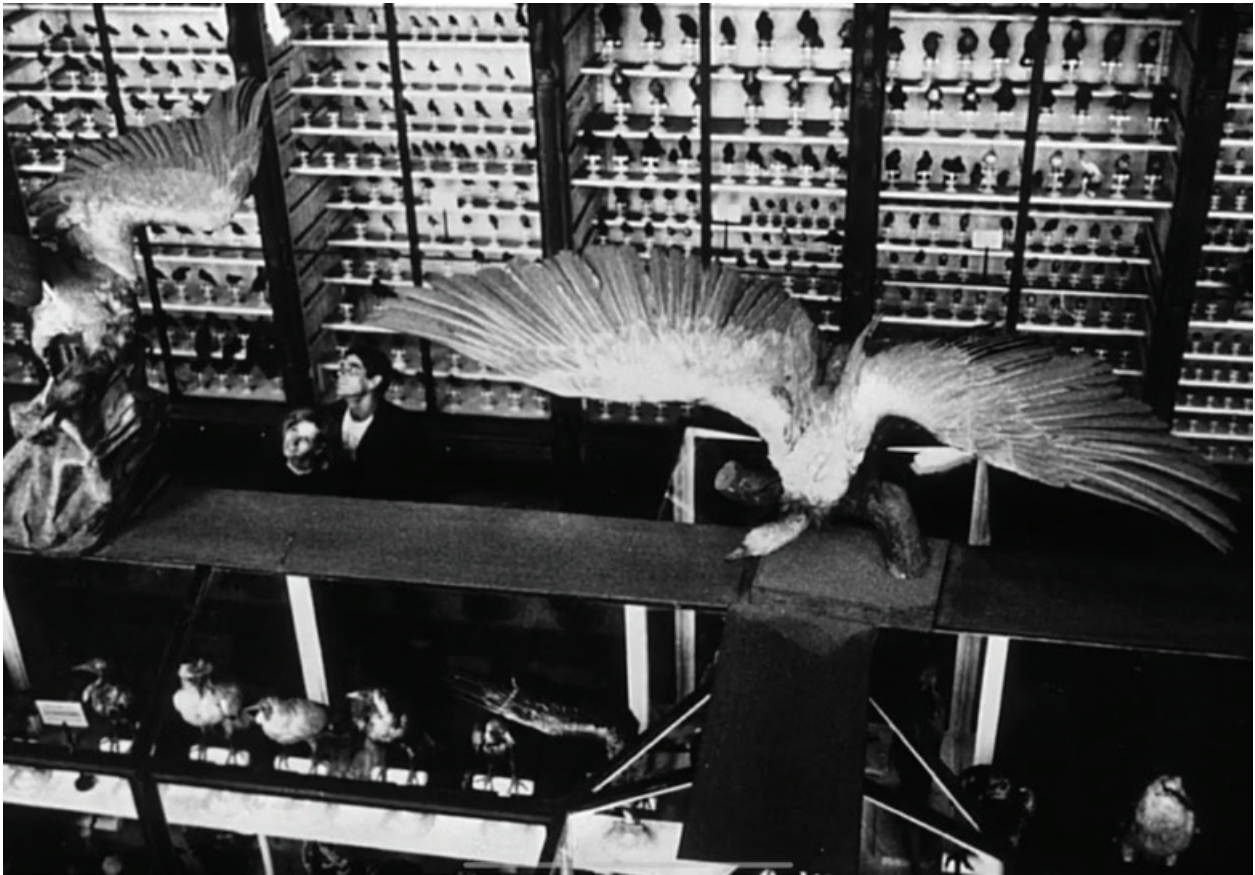


Foto fija Chris Marker, *La Jetée*, cortometraje, 1962

podrían llegar bajo los efectos de las nuevas pandemias, aquel gran defensor de los derechos inalienables del ser humano tendría suficientes motivos para alarmarse.

Porque es alarmante que, bajo el argumento de la compasión o la solidaridad hacia los otros, y para que no ocasionemos contagio, se nos imponga este tipo de aislamiento. Se nos ha prohibido vernos con los amigos y con los familiares. Se nos ha prescrito no abrazarnos, no besarnos, no estornudar. Incluso no han faltado los consejos de la masturbación porque la cópula en estos momentos es como un exabrupto. Cuando intento mensurar esta difícil medida, recuerdo la última parte de *La muerte en Venecia* de Thomas Mann. Aschenbach, el prestigioso escritor alemán que está de vacaciones en una Venecia diezmada por el cólera, decide quedarse en la ciudad vi-

ciada. Pasa por encima de cualquier cuidado y consejo y transgrede la norma. Sometido a un postrero deseo sexual, persigue, febril y soñador, la figura de un adolescente del cual está enamorado. Y es que esta contravención por el deseo ha sido, sin duda, una de las reacciones vitales más conmovedoras ante el completo desaliento. No en vano, una de las imágenes impactantes que nos ha llegado de los tiempos de la peste negra, es la de aquellas cópulas que se realizaban en los cementerios de Europa. El cementerio de Avignon, por ejemplo, se convirtió en verdadera zona roja. Y era usual observar a las mujeres ofreciéndose en las tumbas a los adúlteros y fornicadores ansiosos.

Pero frente a nuestro enclaustramiento forzado, los medios no paran de alabar la munificencia de los Estados y las empresas priva-



Foto fija Chris Marker, *La Jetée*, cortometraje, 1962

das, y lo ejemplar que nos estamos comportando ante el coronavirus. Hasta dónde puede llegar la manipulación masiva es algo que, desde ahora y en adelante, adquirirá tonos quizás espeluznantes. Por lo tanto, y a pesar de que el virus es real y no es invención de nadie, es legítimo sospechar que un nuevo orden planetario se fragua. Y que este habrá de fundarse en un control militar asfixiante de los ciudadanos. Y ahí está China, imperio que tal vez tome las riendas del planeta después de esta crisis, y termine imponiéndonos sus formas de vigilancia pública. Tal control, no es exagerado suponerlo, podría alcanzar dimensiones de una sociedad distópica, como las que describen Aldous Huxley, en *Un mundo feliz*, o George Orwell, en *1984*. Recuerdense que en esta última novela hay un Gran Hermano que vigila agresivamente a una sociedad. En ella, los lazos familiares han desaparecido y la fraternidad es una engañifa turbia. Allí prima el sometimiento y el amor que se da entre sus habitantes carece del subversivo placer. Tanto es el control militar que impera en la Londres de Orwell, que el futuro solo es concebible como una bota que aplasta el rostro humano.

Nota

- 1 Fragmento (5) del ensayo *Literatura, pestes y coronavirus*, pronto a publicarse en su totalidad.

Pablo Montoya es escritor, Premio Rómulo Gallegos 2015, doctor en Literatura y profesor en la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia.